

# PERDIENDO EL TIEMPO EN LA ETERNIDAD

● **SALVADOR DE MADARIADA: DIALOGOS FAMOSOS.** Buenos Aires, Sudamericana, 1970, 198 pp. Distribuye Medina.

**F**AMOSOS personajes de distinto pelo, sexo y catadura, se trenzan en cancha neutral —los Campos Eliseos— y cometen un diálogo de sordos, con el que echan a perder una eternidad que a ese paso seguramente les va a resultar larga. El lector podrá oír así cómo María Estuardo le enmienda la plana a Marx, oír a un Voltaire de rigurosa confección, a Napoleón mandándose la buena parte, a Washington cantando las cuarenta en todos los palos, y a Goethe con una sabiduría decididamente "made in Madariaga". Y algunos colados al tono, como el recalcitrante Bryan, la actriz Iris no sé cuánto, un senador estadounidense que entró en la clandestinidad, un comunista chino en versión USIS, un nazi ídem, un Ford más bien a bigote, y hasta Dios, que mete la cuchara para dar su modesta opinión sobre la teoría de la evolución. Me olvidaba: y un señor de muy pocas luces que dice llamarse Lenin, pero que pronto desaparece, expulsado seguramente del campo por el dueño de la pelota. Todos los interlocutores saben lo que pasó después, aunque algunos, como Marx, justamente, no saben ni siquiera lo que pasó antes. En resumen, un temible menestrún, en donde los ingredientes están desvitaminizados y lavados al carrel.

En el segundo diálogo del volumen los que hablan son Adán, Eva,

la serpiente y "la voz", no precisamente Sinatra, sino el que nos hizo a todos, quien opta por callar cuando más falta hacía que hablara, por lo menos para hacer callar a criaturas que, aunque pasan por suyas, son típicos engendros del autor, dispuesto a traficar sin miedo y sin reproche con la filosofía más barata de que se tenga noticia últimamente. Como lo explicita en el prólogo, si el siglo XX fracasó, es porque pretendió imponer demasiada razón de golpe, siendo los ejemplos máximos Lenin y el Pacto de Ginebra. Solución: la homeopatía. Y el no tocar lo que ya es. Toda violencia es resentimiento puro. El autor compone un postre con liberalismo, comunismo, fascismo, religión e internacionalismo. Pero, como pasa con los colores en el disco de Newton, la mezcla no tiene gusto a nada. Y no alimenta, que es lo que el autor se debe haber propuesto.

WASHINGTON LOCKHART